

*A Su Majestad Doña Sofía, Reina de España,
en agradecimiento a su profundo interés personal
por los sordos españoles*

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE 1994

La situación de los sordos es idéntica, en algunos aspectos, en todo el mundo y totalmente distinta en otros. La sordera congénita se da en todas las razas y países, y así ha sido desde el principio de la historia. Afecta a una milésima parte de la población (unas 40.000 personas en España). Samuel Johnson dijo una vez que la sordera es «una de las calamidades humanas más terribles»; pero la sordera en sí no es ninguna calamidad. Una persona sorda puede ser culta y elocuente, puede casarse, viajar, llevar una vida plena y fructífera, y no considerarse nunca, ni ser considerada, incapacitada ni anormal. Lo crucial (y esto es precisamente lo que varía muchísimo entre los diferentes países y culturas) es nuestro conocimiento de los sordos y nuestra actitud hacia ellos, la comprensión de sus necesidades (y facultades) específicas, el reconocimiento de sus derechos humanos fundamentales: el acceso sin restricciones a un idioma natural y propio, a la enseñanza, el trabajo, la comunidad, la cultura, a una existencia plena e integrada.

La situación de los sordos no es ideal en ningún país, pero en algunos (en Suecia, por ejemplo) las personas sordas pueden al menos servirse de su propio lenguaje de señas libremente y se las instruye con él; pueden crear un teatro,

una poesía, una cultura completa, a partir de él; no sólo pueden formar una comunidad y una cultura viva propias, sino también tener una elevada participación en la cultura general de su entorno, sentirse a gusto en ella; pueden tener muchos amigos oyentes, tantos como sordos; y pueden disfrutar de una sensación de plenitud, de autonomía, de tener un lugar en el mundo, y de propia dignidad. En el otro extremo, en otros países y otras épocas, se ha tratado a los sordos como parias y proscritos: privados de trabajo, de instrucción, hasta de lenguaje, se vieron reducidos a una situación casi infrahumana. España (como la mayoría de los países) se halla en una posición intermedia.

España ha demostrado siempre una sensibilidad humana hacia sus ciudadanos sordos y fue precisamente el país en el que, hace casi quinientos años, el monje benedictino Pedro Ponce de León fuera el primero en dedicarse a la enseñanza de los sordos. «[Tuve] discípulos que eran sordos y mudos de nacimiento, hijos de grandes señores é personas principales, a quienes enseñé a hablar, y leer, y escribir, y contar, y a rezar, y ayudar a misa y saber la doctrina cristiana, y saberse por palabra confesar, é algunos latín, é algunos latín y griego, y [a uno incluso] enender la lengua italiana...» Ponce de León resumió la experiencia de toda la vida en el libro *Doctrina para los mudos sordos*, cuyo manuscrito no se ha encontrado y que probablemente se perdió o fue destruido en el siglo XIX. Pero la personalidad de este primer maestro de los sordos sigue reverenciándose hoy en España y su retrato cuelga, como un icono, en casi todos los centros para sordos del país.

El método de enseñanza de Ponce de León era predominantemente oral (se basaba sobre todo en la lectura de los labios, con algo de deletreo dactilar y algunas señas). Este método, que exige miles de horas de instrucción intensiva, pródigo en tiempo y dinero, aunque quizás fuera perfecto

para los hijos ociosos y ricos de los nobles, difícilmente podría aplicarse a las personas sordas en general, a los cientos y miles de niños sordos de París, Madrid, Londres, Viena y demás ciudades europeas. Éstos no tuvieron la menor posibilidad de instrucción hasta que se adoptó un enfoque completamente distinto: hasta que los maestros aprendieron el lenguaje de señas de los sordos y lo emplearon para conversar con ellos y enseñarles. El primero que hizo esto, en la década de 1750, fue el abate De l'Épée, y la primera escuela para sordos con capacidad para enseñar a cientos de alumnos empleando el lenguaje de señas se fundó en París en 1755.¹

La situación de los sordos cambió radicalmente, pues la alfabetización y el estudio dejaron de ser privilegio exclusivo de los hijos de los nobles y pasaron a ser accesibles a todos los niños sordos. Alumnos y discípulos de De l'Épée se esparcieron por Europa y fundaron escuelas para sordos en todas partes, centros en los que se utilizaba el lenguaje de señas para toda la enseñanza y cuyos profesores eran en muchos casos sordos (y ejemplos para sus jóvenes alumnos de hasta dónde podían las personas sordas). Uno de estos discípulos, José Miguel Alea, que visitó a De l'Épée en sus últimos años, fundó el primer colegio de señas para sordos de España (el Colegio Real de Sordomudos) en Madrid en el año 1805.² En los primeros tiem-

1. Aunque el método de Ponce de León nunca se publicó, sus contemporáneos españoles lo conocieron bien y lo difundieron, sobre todo Juan Pablo Bonet (que en 1620 publicó el primer libro del mundo sobre la enseñanza de los sordos). Todo esto se olvidó en gran parte en las últimas décadas del siglo XVIII, cuando Europa centró su atención en el abate De l'Épée y su método de enseñanza para sordos, que empleaba el lenguaje de señas. Los escritores españoles (en especial Juan Andrés Morrell) lo lamentaron, criticaron al abate «advenedizo» y se esforzaron por recordar a sus lectores que la enseñanza de los sordos era «un arte totalmente español» (Morrell, 1794).

2. En 1792 se creó un aula para estudiantes sordos en San Fernando, y en 1800 un colegio para sordos en Barcelona; pero ninguno de los

pos de este colegio hubo dos grandes maestros: Roberto Francisco Prádez, que era sordo, y Francisco Fernández Villabril, quien publicó muchos libros (entre ellos, en 1851, un diccionario de lenguaje de señas, que incluye 1.547 señas españolas) e inventó un método de escritura del lenguaje de señas.

Esta breve edad de oro de escolarización extensa y eficaz para los sordos, y de formación y enseñanza amplias, duró escasamente tres cuartos de siglo; le puso fin el infame decreto del Congreso Internacional de Educadores de Sordos celebrado en Milán en 1880, que prohibió el uso del lenguaje de señas en la enseñanza. Así, los colegios de señas de España y del resto de Europa y América se clausuraron o se transformaron; dejó de haber profesores sordos; se impidió o castigó la comunicación por señas incluso fuera de las aulas; y se impuso un oralismo dogmático y rígido. Al cabo de una o dos décadas se perdió lo que se había conseguido en los setenta y cinco años anteriores: el nivel de formación y enseñanza de las personas sordas cayó en picado. Su propio sentido de ser un pueblo, con lengua e identidad propias, desapareció y se vieron reducidos de nuevo a una vida de incompetencia y marginación, aislados, con escasa capacidad para comunicarse y condenados a realizar trabajos serviles. Solamente cuando podían reunirse en centros propios encontraban los sordos calor humano, camaradería, conversación, relación social, un uso libre de su lenguaje natural y propio, sensación de estar en su medio, identidad y comunidad.

Estas asociaciones florecieron tras la decisión de Milán de 1880, pudiendo ufanarse cada ciudad de contar al menos con una. El centro para sordos más grande de Madrid, la Asociación de Sordos de Madrid, se inauguró en 1906.

dos sobrevivió más allá de 1802. El colegio de Madrid, por el contrario, aún sigue funcionando, aunque con un método exclusivamente oral que habría indignado a sus fundadores.

Las asociaciones de sordos son aún, y por las mismas razones, numerosas y activas en España. Hay unos ochenta y tres centros según el último censo, con unas 20.000 personas sordas en total; la asociación de Madrid cuenta con unos 1.030 socios. Y treinta y cinco de estos centros tienen compañías teatrales propias que representan una gran variedad de obras de teatro clásicas y locales en lenguaje de señas español. La variedad y el vigor peculiar del teatro de señas (que los sordos estiman en todas partes) son especialmente notorios en España, donde miles de sordos hallan en él su expresión más fecunda. Las asociaciones españolas de sordos están integradas en una asociación de ámbito nacional, la Confederación Nacional de Sordos de España, que patrocina todos los años una Semana de Teatro en Madrid, Barcelona, Granada o donde sea, en la que más de mil personas sordas se reúnen en un gran festival de improvisaciones, narraciones, poesía de señas y teatro. La Confederación Nacional de Sordos de España publica asimismo una excelente revista mensual, *Faro del Silencio*, y facilita una amplia gama de vídeos (desde cintas de poesía de señas, teatro de señas, mimo y danza, hasta cintas de conferencias sobre el mundo cultural de los sordos y el lenguaje de señas, traducciones al lenguaje de señas de noticias de actualidad, novelas, y numerosos libros de ensayo y divulgación). De esta forma, hasta las personas sordas que no leen con facilidad pueden informarse tanto sobre su propia cultura como sobre la más amplia del entorno.

Y sin embargo, pese a toda esta vida propia de los sordos (el lenguaje, la comunidad, el humor, la cultura, que surge de lo profundo de su propia experiencia como sordos), aún persiste la postura oficial tradicional de que las personas sordas han de recibir enseñanza oral y de que, pese a todo, apenas son aptas para una vida normal. Ése fue el caso incluso de don Jaime de Borbón, duque de Segovia, hijo de Alfonso XIII (y

tío del rey don Juan Carlos), que nació sordo y renunció al trono en 1933 pero que, si el criterio imperante hubiera sido otro, podría haber sido el primer rey sordo de España. Don Jaime recibió enseñanza oral y llevó una vida bastante retirada; fue su hermano, don Juan de Borbón, que era oyente, quien asumió el derecho de sucesión.³

Era inevitable que la visión oficial de los sordos como personas incapacitadas influyese de modo negativo en su propia valoración de sí mismos, que les hiciese considerarse ciudadanos de segunda, incapacitados, desvalidos, sin representación, sin poder, incluso sin lenguaje propio. Los sordos, claro está, aceptaron a menudo el criterio oficial de que su lenguaje de señas ni siquiera era un lenguaje propiamente dicho, que no podía ponerse al mismo nivel del habla. Estas actitudes fueron características de las personas sordas en todas partes hasta que en la década de 1960 (y especialmente en Estados Unidos) empezaron a cambiar. En ese período hubo en Estados Unidos una reivindicación de la Señá como un auténtico lenguaje y una explosión de movimientos de defensa de las libertades civiles de todo tipo. En la década de 1970 se formaron grupos de «orgullo sordo», y proliferaron los libros, las obras teatrales, las películas y los programas televisivos en los que se daba una nueva visión positiva de los sordos y de su lenguaje (la obra más famosa fue *Hijos de un dios menor*, primero obra teatral en Broadway, después película); la introducción de algunas señas (en forma de «Comunicación Total») en los colegios; el acceso de un número cada vez mayor de sordos a la universidad; la aparición de una élite sorda muy instruida, con conciencia política y a veces militante. Por último, en 1988, se produjo la «revolución de los sordos» en la Universidad Ga-

3. Uno de los hijos de don Jaime, don Alfonso, sería posteriormente presidente honorífico de la Confederación Nacional de Sordos de España.

llaudet de Washington y al año siguiente se celebró en dicha ciudad el gran festival internacional de los sordos, Deaf Way.

Pero mientras en el resto del mundo ha ido creciendo la conciencia de la cultura sorda, España se ha mantenido al margen de la comunidad sorda mundial en formación y casi del todo ajena a los apasionantes acontecimientos que se han producido en otros lugares. Cuando en 1982 Álvaro Marchesi Ullastres, psicólogo de la Universidad Complutense de Madrid, habló a sus colegas en Salamanca sobre la autonomía lingüística del lenguaje de señas español, se le consideró un excéntrico (como a Stokoe en los Estados Unidos en la década de 1960). Marchesi fue la primera persona del mundo académico oyente español que destacó la importancia del lenguaje de señas en la enseñanza de los sordos; pero sus colegas se mostraron incrédulos y sorprendidos cuando expuso esta teoría por primera vez. Marchesi siguió realizando investigaciones generales sobre el desarrollo intelectual de los niños sordos y sobre la importancia crucial de que tengan acceso al lenguaje (y, como es natural, sobre todo a un idioma visual, a un idioma de señas) en la etapa más temprana posible.

En 1984, impulsado por su propia obra y por sus convicciones, Marchesi renunció a su puesto en la Universidad Complutense para hacerse cargo del Departamento de Enseñanza Especial del Ministerio Nacional de Educación y Ciencia, y dos años después fue nombrado director general de Renovación Pedagógica, cargo en el que ha podido ejercer una influencia importante en el curso de la enseñanza de los sordos en España.

En 1986, a petición del Ministerio de Educación y Ciencia, un Real Decreto dispuso que se diese acceso a las personas incapacitadas, confinadas previamente en centros de enseñanza especiales, a los centros de enseñanza generales, y se permitiese la integración de las enseñanzas general y especial. Se habían aprobado leyes similares en los Estados Unidos, en

Inglaterra y en muchos otros países, pero sin la condición previa de dotar adecuadamente los centros de enseñanza generales para sus nuevos alumnos. Esto llevó a la práctica de colocar a uno o dos niños sordos en un centro escolar de oyentes sin equipamiento especial para ellos, con la esperanza de que, por algún milagro, todo resultara bien. El método ha resultado desastroso y ha perjudicado a los niños sordos, sumiéndoles en un mayor aislamiento e impidiéndoles estudiar e integrarse.

Es evidente que hace falta un sistema distinto, un sistema que aúne las ventajas de los centros especiales y los integrados y evite al mismo tiempo los inconvenientes de ambos. Marchesi se anticipó rápidamente a esto abogando por la escolarización de los niños sordos no en colegios generales de uno en uno o de dos en dos, sino en determinados centros elegidos y equipados con sistemas visuales especiales y, por supuesto, con profesores que dominen el lenguaje de señas. Es de esperar que esto les permita no sólo relacionarse entre ellos y comunicarse por señas y aprender con más facilidad en su lenguaje natural, sino, lo que es igualmente importante, relacionarse con niños oyentes (que en esas circunstancias aprenderían también el lenguaje de señas). Un sistema de este tipo, que sólo se ha adoptado en España, puede integrar en principio lo mejor de los centros de enseñanza generales y especiales. Así pues, en esta etapa, asistimos al inicio de una revolución educativa en España, revolución que está empezando a devolver el lenguaje de señas al lugar que le corresponde y a preparar el camino para una enseñanza verdaderamente bilingüe, con la que se conseguiría que los niños sordos se sintieran igualmente cómodos comunicándose en señas y en español, igual de cómodos en el mundo sordo que en la cultura más amplia de su entorno general.⁴

4. Esta enseñanza bilingüe y bicultural de los niños sordos es todavía cosa excepcional, pero se ha implantado en Suecia y Dinamarca (donde

Hace falta tiempo y mucho más para alcanzar el desarrollo pleno y la aceptación de una enseñanza integrada bicultural, y el reconocimiento oficial de la Seña española como lenguaje natural de los sordos de España. Es preciso también, e importantísimo, el reconocimiento y la titulación de intérpretes de señas, en la actualidad muy escasos y mal pagados. Se necesitan sobre todo intérpretes para los estudiantes sordos de las universidades (en Estados Unidos todo estudiante sordo tiene derecho a que le traduzcan cualquier clase que deba recibir; esto aún no existe en España). Quizás sea ésta una de las razones de que haya tan pocas personas sordas en España, incluso entre las más dotadas, que puedan acceder a la enseñanza superior. Y ésta es la clave para el acceso de los sordos al mundo profesional, para que no sigan relegados a trabajos serviles por muy inteligentes que sean. En Estados Unidos hay más de seiscientos sordos profundos con doctorados y títulos superiores; hay abogados sordos, arquitectos, diseñadores, ingenieros, actores, matemáticos, lingüistas y escritores. En España apenas hay profesionales sordos en estos campos, aunque, con los cambios de política oficial y educacional, y la nueva conciencia pública, los sordos de España se abrirán camino y serán espléndidamente productivos a su manera única.

Un campo concreto que requiere especialistas sordos es el de la lingüística de la Seña. Algunos de los avances más importantes alcanzados en Estados Unidos se deben a lingüistas sordos, cuya primera lengua es la Seña. Pero en España, de momento, casi no hay lingüistas de la Seña y mucho

se admite oficialmente la Seña como idioma natural de los sordos), y en Venezuela y Uruguay. De hecho es notable que el ensayo innovador sobre este tema (de Johnson, Liddell y Erting, 1989) se haya traducido al español, con lo que los educadores españoles tienen libre acceso a esta obra tan reciente.

menos lingüistas que la utilicen como primera lengua o que sean sordos. Y en el campo de los estudios pedagógicos y cognitivos, en el que Marchesi se adelantó, se precisa mucha investigación que sería ideal que la realizaran investigadores sordos. Otro tanto puede decirse del campo de la sociolingüística: el estudio de las comunidades sordas, su lenguaje, sus costumbres y su cultura, y su interacción con la comunidad oyente.

Además de todo esto, es absolutamente imprescindible un cambio de imagen, de conciencia, no sólo respecto a los sordos sino de sí mismos. María Jesús Serna Serna, una joven sorda, y uno de los poquísimos sordos profundos españoles con formación universitaria, dice: «En general los sordos no se sienten cómodos como tales. No tienen ni identidad sorda, ni orgullo como sordos. Ni siquiera creen que la seña sea un idioma propiamente dicho.» Ella misma, que se cuenta entre los jóvenes sordos españoles de mayor nivel cultural, no conoció la obra de Stokoe y Bellugi, los grandes adelantados en la lingüística de la Seña, ni los grandes cambios producidos en Estados Unidos, hasta hace dos años, cuando un artista español sordo volvió con noticias del Deaf Way.⁵ (Aunque asistieron sordos de ochenta países en 1989, y estuvieron presentes numerosos grupos de, por ejemplo, Finlandia y Francia, e incluso de la Unión Soviética, sólo asistieron cuatro personas sordas de España.) Como indica Serna, España sigue estando muy aislada, no cuenta con información de Estados Unidos ni del resto del mundo. Sólo en los últimos tres o cuatro años ha habido contacto de los sordos de España con

5. Este artista, Gregorio J. Arrabal, presentó un informe detallado y conmovedor sobre su infancia como sordo y su vida posterior como artista sordo cada vez más prestigioso en España. Su ponencia se publicará, junto con otras muchas presentadas en Deaf Way, en un volumen que prepara la Gallaudet University Press de Washington, D.C.

los de otros países, para informarse sobre su lenguaje, su cultura y su vida. Serna espera con interés el congreso que se celebrará en mayo de 1992 en Salamanca, y que reunirá por primera vez a personas sordas y lingüistas de la Seña de todo el mundo.

Existe un sentimiento general de emoción, de transición, de esperanza. Estamos en un período crucial para los sordos de España y de todo el mundo. Han estado infravalorados, desvalidos y sumergidos durante un siglo, pero hoy existe la posibilidad de un cambio radical. De todos modos, la mayoría de los oyentes ignoran por completo a los sordos, como me sucedía a mí hace sólo unos años. Ésta es, precisamente, una de las razones por las que escribí *Veo una voz* y este prólogo especial a la edición española.

O. W. S.

Madrid, enero de 1992